



LECTIO DIVINA

XVI DOMINGO Ciclo 'C' (Lc 10, 38-42)

Juan José Bartolomé, sdb

En una vida de continuo desplazamiento, Jesús tuvo que recurrir habitualmente a la hospitalidad de amigos y conocidos. Este evangelio nos hace revivir un episodio concreto.

Lucas sigue ofreciendo una lección para quienes queremos ser discípulos de Jesús. Nos presenta dos maneras de portarnos con Él; las protagonistas son dos mujeres muy bien caracterizadas. Ellas recibieron al Señor en su casa: una le sirvió y la otra le escuchó. Las dos actitudes son lógicas; la que se afana por atenderlo se siente menos comprendida y le dice a Jesús cómo se siente, Él le dijo que no le pedía tanto su servicio, cuanto su atención.

Jesús quiere de sus amigos 'todo'. Inquietarse por darle al Maestro cosas no dejaba a Marta atenderlo. Jesús le pidió otra actitud. Las dos mujeres lo querían mucho, pero Marta se perdía lo más importante, por afanarse demasiado en el trabajo y Él no esperaba tanto ser servido, sino tener la alegría de saberse cercano, atendido más plenamente. Quería que ella se dispusiera a escucharle; le pedía no solo su hospitalidad, sino su corazón.

Seguimiento:

38. En aquel tiempo, entró Jesús en una aldea, y una mujer llamada Marta lo recibió en su casa.

39. Esta tenía una hermana llamada María, que, sentada a los pies del Señor, que escuchaba su palabra.

40. Y Marta se multiplicaba para dar abasto con el servicio; hasta que se paró y dijo: "Señor, ¿no te importa que mi hermana me haya dejado sola con el trabajo? Dile que me eche una mano".

41. Pero el Señor le contestó: "Marta, Marta, andas inquieta y nerviosa con tantas cosas.

42. Sólo una es necesaria. María ha escogido la parte mejor, y no se la quitarán".

LEER: entender lo que dice el texto

Jesús ha iniciado ya su 'subida a Jerusalén': el tiempo de su partida de este mundo ha llegado (Lc 9,51). En continuo desplazamiento, recurría a la hospitalidad de amigos y conocidos. Lucas aprovecha este hecho para subrayar cómo tiene que ser el discípulo que lo recibe en su casa.

El episodio está contado con suma brevedad. Siendo escasa la información que da, hay que fijarse más en lo que se dice entre renglones. El centro del mensaje está en el diálogo, iniciado por Marta. No sabemos ni podemos imaginar por qué Jesús aceptó ser hospedado por Marta. Ser recibido en una casa donde solo hay mujeres (sólo Jn 11,1-3 menciona a Lázaro e identifica el pueblo como Betania) tuvo que llamar mucho la atención en el pueblo ya que eso era un gesto insólito.

Las dos mujeres que protagonizan la acogida son hermanas, las dos se dedicaban a los quehaceres de casa, y por ende, responsables directas de la hospitalidad para con el Maestro. Las dos hermanas lo acogen bien, se ponen totalmente a su disposición, aunque de forma diferente. Quedan definidas ante el invitado por lo que hacen, por cómo reaccionan en su presencia.

Mientras Marta se desvive por atenderle, María se concentra en escucharle; no hay que pasar por alto que Marta es la que invita a Jesús, la que lo sirve, la que, se afana (Lc 10,40). Ella le pide le diga a su hermana que la ayude. María aparece en el relato, más bien, como 'una invitada más, y a la vez, como quien aprovecha bien la presencia del Maestro...

Marta se ocupa de acoger a Jesús, y María le escucha. Marta se inquieta, abrumada; María se libera de ocupaciones para escuchar sus palabras: ésta acción es mucho más que atender con cortesía al huésped, es acoger su mensaje (Lc 5,1; Hch 13,7.44; 19,10). Ella se sienta a los pies de Jesús – esa posición la tienen los que quieren aprender; María deja a su hermana con el trabajo para estar atenta a lo que el Maestro quiere decirles.

Marta hace lo que le corresponde como ama de casa. María, lo que es propio del discípulo: a los pies del Maestro, atiende a su palabra para acogerla.

Marta, preocupada por recibir bien al invitado no piensa en cómo le gusta a Jesús ser recibido. Con la mejor de las voluntades, se enfrasca en los quehaceres, tanto que no tiene tiempo para estar con Él. En cambio, su hermana hace lo contrario. Le importa Jesús y lo que Él le dice, lo que le propone.

Las dos actitudes son lógicas y a la vez complementarias. Ninguna es criticada por Jesús. Es Marta quien objeta, no a Jesús, sino a María. Y es que, bien mirado, parece que quien más se afana es la que se siente mal. Cuando hace público su reproche, Jesús se encarga de indicar cómo le gusta ser recibido.

El Señor prefiere atención a las atenciones; le gusta encontrar escucha a su palabra, más que agasajo a su persona. Cuanto tiene que decir, le importa más que cuánto le quieran ofrecer. Luego, escucharle es la mejor manera de acogerlo.

MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a nuestra vida

Este sencillo episodio de la vida de Jesús, cuando fue hospedado en casa de una familia amiga nos da una gran lección. Jesús vivía habitualmente evangelizando por los caminos; tenía necesidad de ser hospedado por sus conocidos y era recibido por ellos con mucho gusto.

El suceso en sí no tendría mayor importancia, si no fuera porque Lucas, que es el narrador, lo presenta como ejemplo de lo que importa acoger a Jesús y recibir lo que Él quiere y puede darnos al ser nuestro huésped. La lección es clara: fue acogido y recibido. El evangelista convierte un hecho normal de la vida de Jesús, en una manera de vivir nuestra existencia.

- **De este hecho todos podemos aprender mucho; deseamos que Jesús nos visite; necesitamos estar con Él; queremos recibirlo como Él merece ser recibido, dándole no solo cosas, sino nuestra atención.**

Jesús estaba dedicado a la predicación del Reino de Dios; no tenía un hogar ni donde reclinar la cabeza, ni madriguera donde reposar, como les dijo a quienes querían irse con Él; dependía constantemente de la buena voluntad de quienes le ofrecían hospedaje.

Dios y su Reino no le habían permitido tener una casa propia y también tenía que renunciar a estar con su familia, situación que lo hizo un poco el peregrino, que iba de un lugar a otro; tuvo muy buenos amigos, que además de ser sus oyentes, gozaban dándole hospedaje y compartiéndole lo que ellos tenían.

Jesús se hacía huésped de quienes recibían su palabra. Aceptaba ser acogido en el hogar de cuantos aceptaban el evangelio en su corazón. Esa fue su táctica misionera: identificaba a como amigos suyos a quienes aceptaban su mensaje y se dejaba servir por quienes, tras haberle escuchado, ponían sus vidas al servicio de Dios.

El evangelista adelanta cómo le gusta al Maestro ser recibido. El Señor no separó su misión de la amistad que tenía con personas bien, ni su vida pública de su vida privada. Hizo sus amistades entre quienes aceptaban su predicación. Se daba a quienes recibían su evangelio.

- **El relato nos invita a ser de los amigos que Jesús sigue buscando y que sean capaces de recibirlo; quiere llegar a nuestros hogares, a nuestras familias. Si queremos un día tener a Jesús en casa, si anhelamos que nos considere sus amigos, si deseamos ganárnoslo de verdad, tenemos que aceptar su Palabra y sobre todo, vivirla.**

Acoger su predicación nos hará hospederos del Amor. Si estamos entre los que lo necesitamos, estamos ya en camino de encontrárnoslo y hospedarlo también. Cuando su Palabra no nos dice nada, cuando no sentimos necesidad de escucharle, ¿qué nos mueve a quererlo tener entre nosotros?

Tal vez Marta y María eran amigas de Jesús (Jn 1,3.11), por eso se atrevieron a invitarlo, y esa actitud convirtió su hogar en cátedra de su magisterio.

- **¿Invitamos a Jesús, queremos que Él llene nuestras vidas? ¿De qué nos estaremos privándonos si no nos atrevemos a acoger al Señor en nuestra casa? Pensemos cómo lo recibimos, qué importancia le damos a la convivencia con Él, con su Palabra, con sus intereses. ¿Qué tiempo dedicamos a escucharla y qué hacemos una vez que la escuchamos? Ese es nuestro reto, encarnar su Evangelio, para hacerlo presente en nuestras vidas y en los ambientes en los que nos movemos.**

Jesús espera ser bien recibido por sus amigos, como en Betania. ¿Cómo pensamos que esté entre nosotros si no permitimos que su palabra sea nuestro alimento y no nos proponemos hacerla nuestra? Sabiendo qué le trae a casa, no está todo perdido: Pongámonos escucharlo; hagámonos el propósito de hacer nuestro su Evangelio y Él estará en nuestra casa, en nuestras vidas, en lo que somos y hacemos.

Tener como ocupación el evangelio nos hará, tarde o temprano ocuparnos de Jesús en persona. Y si para tenerle con nosotros tuviéramos que dejar tantos otros quehaceres, y también la convivencia con otras personas, valdría la pena hacerlo. ¿Verdad?

Que Jesús desee y busque ser hospedado no le hace indiferente al modo de ser recibido. El Jesús sin hogar no es un Jesús sin expectativas o sin preferencias; que esté necesitado de ser recibido, no le hace menos exigente en cuanto a lo que Él espera de quienes lo acogen.

El episodio evangélico gira precisamente en torno a la doble reacción de las hermanas que hospedaron al Maestro; una se preocupa por atenderle, preparando casa y comida, poniendo cuanto se tiene a disposición del amigo recién llegado; la otra se ocupa en atenderle, escuchando cuanto Él quería decir. No hay por qué identificar sin más a una de ellas como la mejor o preferible; afanarse por atender al invitado o atenderle, sin otro afán es cuanto se espera de quien acoge a un ser querido.

Marta y María hicieron lo que Jesús quería, le dieron cuanto necesitaba. El malestar de Marta se debió a que el trabajo de la atención de su invitado cayera solo en ella y su hermana pareciera no interesarse en lo que el Maestro podía necesitar. Ella no aceptaba que la parte más pesada de la acogida cayera sobre ella. Jesús le descubre que su preocupación por atenderle le está quitando el gozo de tenerlo en casa. Su presencia, en lugar de llenarla de alegría, le está distanciando de su hermana. No era bueno tenerlo en casa y no gozarlo.

Marta es viva imagen de muchos estupendos apóstoles, que enfrascados en una febril actividad y agitados interiormente, se sienten solos e inquietos, con múltiples esfuerzos no logran gozar en el servicio al Señor, aun teniéndolo en casa. Se preocupan más por lo que les cuesta servirle, que tenerlo presente.

Marta es figura del apóstol que se desvive haciendo lo que él quiere sin importarle mucho – ni preguntar siquiera – qué es lo que Jesús prefiere de ella. Su generosidad la lleva a dar lo mejor de sí, pero no

tiene tiempo para escuchar a Jesús; lo acoge dándose, no 'recibiéndolo'. Dar de lo propio es característico del que se tiene por rico. Recibir lo que se le dé, en cambio, es típico del que sabe que necesita de los que quieran darle algo de lo mucho que le hace falta.

Marta no es corregida por cuanto hace, sino por lo que deja de hacer; se afana por dar buen recibimiento a su invitado, pero no le escucha, no le pone atención: pensando en preparar lo que le va a dar; no recibe verdaderamente a Cristo en su casa, aunque lo tenga ahí. En cambio, María no hace otra cosa que estar con Él, le escucha, lo atiende. ¿Cómo no iba a preferir Jesús hablar con sus amigos, explayarse con ellos, desahogarse, después de haber estado tal vez hasta con enemigos? Él, como nosotros, prefería ser acogido, actitud muy humana y reconfortante.

III. ORAR nuestra vida desde este texto



Padre Dios,
que sepamos recibir a tu Hijo en nuestra casa.

Qué Él esté entre nosotros y nos dejemos absorber por el quehacer,
sino que gocemos su presencia en nuestra vida.

Que conjugemos la laboriosidad de Marta con la profundidad de
María y valoremos todo lo que Él es y quiere hacer en nosotros.

Lo importante no es tanto lo que hacemos,
sino lo que Él puede hacer en nuestras vidas.

Llénanos de tu Espíritu para jerarquizar y vivir en comunión contigo
y con nuestros hermanos.

Nuestra casa Señor, es tu casa.

Quédate entre nosotros.

Amén.